

William Christopher Handy ha muerto. Tras de su féretro no han ido charangas musicales. Pero los ángeles "blues"...

Se cuenta en las orillas del Mississipi que ha subido al cielo diciendo adiós a todas las cosas con una infinita sencillez. Como el negro de la narración de Saroyan que saluda desde el tren en marcha al niño a quien nadie correspondía sus despedidas:

—Adiós, chico, adiós. Me voy a mi pueblo.—ANTONIO AMADO.

LA POESÍA MEXICANA ACTUAL

ESBOZO, no panorama. No nos atrevemos a más. El esbozo lo hace el pintor en papel cartoncillo, dispuesto a borrar. Son las líneas generales que se han de llevar, perfeccionadas, al lienzo o al fresco. Sombras, luces, semitonos, obligarían a mayores precisiones. Así, tratándose de proporcionar una idea general de la poesía actual de México, preferimos llamar "esbozo" a estos renglones, sin compromisos ulteriores de una visión exacta y anchurosa de la actual producción poética de mi país.

"La poesía —ha escrito con acierto Pablo Antonio Cuadra— es constitucionalmente abundante en América" (1).

Y este primer obstáculo para un trabajo de síntesis ofrécese insalvable a primera vista. Habremos, por ello, de optar por la supresión de algunos poetas, ya que, como hace notar Rondalla Jarrel en un artículo sobre *The obscurity of the poet*, en algunos países de América, desde el Presidente hasta el portero y el criado hacen poemas, y para mayor aclaración añade: y no de cualquier tipo, sino surrealista (2). ¡Hipérbole evidente!, pero que da idea de algunas dificultades para encerrar en pocas palabras el panorama total de la poesía de un país americano.

Nos referiremos a la poesía actual, distinguiéndola de la "moderna" ya que suele ésta partir, por lo que toca a México, de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), y esto nos obligaría a detenernos espaciadamente en los poetas hasta ahora más representativos de la poesía mexicana de este siglo, como serían, tras el propio Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Luis G. Urbina, Amado Nervo, José Juan Tablada, Ramón López Velarde, Enrique González Martínez. De algunos de los mencionados, como los citados en último término, habremos de arrancar forzosamente por la definitiva influencia que representan y los nuevos cauces que abren a la poesía contem-

(1) Pablo Antonio Cuadra, *Dos mares y cinco continentes* (La nueva poesía de Hispanoamérica a través de cinco poetas). CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, junio 1955, Madrid, núm. 66, p. 339.

(2) Cit. por Pablo Antonio Cuadra, art. cit., ibídem.

poránea, pues es, desde 1920, cuando González Martínez, al decir de Xavier Villaurrutia, era “el dios mayor y casi único de nuestra poesía” (3), cuando ésta toma derroteros diferentes, debidos en gran parte a López Velarde y José Juan Tablada. Es verdad, como ha poco escribía Pablo Antonio Cuadra, que la cantidad de buenos poetas —de poetas de categoría— que en este siglo ha producido América no tiene paralelo en ninguna otra lengua. Debemos confesar, sin embargo, que la segunda etapa de ese florecimiento, la etapa llamada de “vanguardia”, no ha alcanzado la potencia creadora de la anterior etapa “modernista”, aun cuando su corriente prosiga y sea quizá mayor el número de poetas que continúan aportando experiencias, ampliando la capacidad creadora del idioma y descubriendo panoramas inéditos de poesía (4).

La última flor de nuestro romanticismo es Urbina. Y tras él, los “grandes” de nuestra poesía en quienes la potencia creadora, muy personificada y original en cada uno, se muestra espléndida. La talla de estos grandes poetas se cierra con la muerte de Enrique González Martínez en 1952; por muchos títulos es el Antonio Machado de nuestras letras. Y de aquellas figuras de la época sólo podríamos contar a Alfonso Reyes. Mas tampoco puede decirse que en los poetas anteriores haya decrecido el aliento poético, pues son muchos los que en la hora presente se hacen acreedores al rango de poetas de categoría, sólo que en una manera ya muy distinta de aquéllos.

Queremos por ello llamar la atención sobre los poetas que incluimos bajo la denominación de actuales, ya por estar muy próxima su muerte, ya porque viven y producen en la actualidad.

Desligado de los cenáculos capitalinos al iniciar su carrera y del grupo entonces descollante del *Ateneo de la Juventud*, surgió desde el solar jalisiense Enrique González Martínez (1871). Sus tres primeros libros merecieron el aplauso nacional. En “Los senderos ocultos” publicó un famoso soneto que iba a ser su programa artístico, y la reacción contra el culto sensualista a la materia y a la carne de los poetas modernistas.

*Tuércete el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.*

Al cisne rubeniano oponía la actitud meditativa del buho desprendido del regazo de Palas en una poesía auscultadora del sentido profun-

(3) Xavier Villaurrutia, “La poesía de los jóvenes de México” (1924), citado por Antonio Castro Leal, *La poesía mexicana moderna*, Letras Mexicanas, vol XII, Fondo de Cultura Económica, México, 1952, p. XXIII, cuyo esquema seguimos de cerca en esta exposición.

(4) P. A. Cuadra, art. cit., p. 338.

do de las cosas. Reacción espiritualista coincidente con el aliento vivificador que infundía en nuestra cultura, por aquellas calendas, el maestro Justo Sierra, y los filósofos Antonio Caso y José Vasconcelos. Contra quienes chocaba más inmediatamente era con los poetas agrupados en torno a la *Revista Moderna*, "mandarines del verso", como los llamaba su principal mecenas Jesús E. Valenzuela, y cuyos representantes epónimos eran Tablada y Efrén Rebolledo, hubiera ascendido lentamente a una cumbre de serenidad olímpica por los caminos de una estética despojada de resonancias y follajes renacentistas del modernismo; pero perturbado profundamente por el dolor de la pérdida de sus más grandes cariños, y convulsionado más tarde por los trastornos del mundo, da cabida a profundos acentos dramáticos. El sereno meditador del sentido profundo de las cosas que ni ligeramente se había mostrado inquieto por los problemas trascendentes, declina en sus últimos años hacia una honda poesía de interrogaciones, acuciado por la duda y punzado por el dolor de un mundo en total desacuerdo por la armonía universal. Tales inquietudes afloran en sus últimos libros como "Babel" (1949), y ya antes, desde "Ausencia y Canto" (1947), "Diluvio de fuego" (1938), e irrumpen con fuerza innegable en los poemas de "Bajo el signo mortal" (1942), "Segundo despertar" (1945) y "El nuevo Narciso" (1952).

Ramón López Velarde (1888-1921) asume categoría de magisterio poético en dos fases clarísimas: la expresión del drama encarnizado entre carne y espíritu y la delicada sensibilidad con que mira y canta la vida provinciana en un lenguaje sugestivo de brillantes y atrevidas imágenes, y de sorpresivas adjetivaciones. Se han demostrado influencias del poeta argentino Leopoldo Lugones, pero la que se siente más en la parte provinciana de su obra es la de Francisco González León (1861-1945) a quien profesó inoculada admiración. Xavier Villaurrutia, uno de los más certeros críticos de López Velarde, ha escrito: "Si contamos con poetas más vastos y mejor y más vigorosamente dotados, ninguno es más íntimo, más misterioso y secreto que Ramón López Velarde" (5). Si bien su obra, al igual que la de García Lorca, nos parece un tanto intraducible, ello no justifica el desconocimiento en que se le tiene en España, desconocimiento que de ninguna manera merece y que paulatinamente irá desapareciendo.

En la generación del *Ateneo de la Juventud*, testigo y en parte impulsor de las inquietudes que precedieron y acompañaron los avatares sangrientos de la "Revolución Mexicana" (1910), destaca, como uno

(5) X. Villaurrutia, prólogo de *El león y la Virgen*, antología poética de Ramón López Velarde, Biblioteca del Estudiante Universitario, Imprenta Universitaria, México.

de los poetas mayores, a Alfonso Reyes (1889). En los primeros versos “se hacía sentir la influencia parnasiana. Ella rectificó —son sus palabras— el romanticismo amorfo de la adolescencia, el cual —impericia aparte— era el pecado de todos mis versos anteriores, que conservo inéditos en cuadernos manuscritos desde los once años”; después paseaba garbosa y despreocupadamente por todos los caminos de escuelas y de métricas, pues ya se le mira en los sotos de Góngora y el conceptismo ya imbuído del sutil simbolismo de Mallarmé, como en el cultivo y recreo de los huertos clásicos, así en su reciente “Homero en Cuernavaca” (1949), en que “dejándose llevar humildemente, de la mano, por las musas del Renacimiento y del Siglo de Oro —sin mengua de su siempre alerta y ubicua modernidad—, Alfonso Reyes nos da... una poesía muy antigua y muy moderna, muy sabia y hasta erudita, recogida y sonriente como las Gracias, pero —como ellas— limpia y decorosa, auténticamente helénica y genuinamente mexicana (6). No obstante sus diversas inquietudes en el campo humanístico y de los clásicos castellanos y de su constante laboreo en traducciones y otros géneros literarios, así como su abundante colaboración en revistas, en una de las mejores prosas españolas de la actualidad Alfonso Reyes se perfila como uno de los más fecundos y grandes poetas Don Gregorio Marañón, en reciente ocasión, ha dicho: “El más universal de los mejicanos de pura cepa, que no sólo realizó la obra de mejicanista en España y de hispanista en México, sino la de hispanista para los mismos españoles en sus ediciones eruditas de los clásicos castellanos, y presumo que también habrá sido mejicanista en Méjico. Alfonso Reyes ha sabido unir a sus virtudes raciales, tan hondas, un sentido clásico, remoto y aleccionador. Es curioso que muchos americanos, entre ellos Rubén Darío, tiene una relación con Grecia más directa que la de los europeos. La prosa de Reyes es siempre un ejemplar como su pensamiento. España tiene una deuda pendiente con él; pero las deudas espirituales se empiezan a pagar con sólo recordarlas (7).

Sin embargo, debemos confesar que es poeta sin escuela. El lo sabe y lo confiesa en alguna forma: “mi veleidad en asuntos y estilo —de que no me arrepiento y a que me refiero en *la teoría prosaica*— ha contribuído a que se me vea un tanto borroso (8), borrosidad que no

(6) Nota que precede a los quince sonetos aparecidos en “Abside”, México, XII, 4, 1948, pp. 413-426.

(7) Gregorio Marañón, *Influencia de Méjico en España*, conferencia leída por el doctor Marañón, el 14 de diciembre de 1955, en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, de Madrid, con ocasión de la Semana Mejicana, CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Madrid, febrero 1956, núm. 74, p. 151.

(8) Alfonso Reyes, *Obra poética*, prólogo, Letras Mexicanas, vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1952, p. IX, de donde se tomaron las palabras del mismo autor antes citadas.